

Autor: Mauricio Saenz*
Título: SEMINARIO “ECUADOR- COLOMBIA, VISIÓN A TRAVÉS DE LA PRENSA”
Ciudad: Guayaquil, 24 de Mayo de 2006
Producción: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina, www.c3fes.net
Nota: Este texto puede ser reproducido con previa autorización con un objetivo educativo y sin ánimo de lucro.

SEMINARIO “ECUADOR- COLOMBIA, VISIÓN A TRAVÉS DE LA PRENSA”

La invitación que me formula el diario El Universo no puede ser más pertinente. Tal vez nunca como ahora Ecuador y Colombia han pasado por un momento de tanto alejamiento. Los dos países han tomado caminos que en algunos recodos asumen direcciones divergentes, aunque busquen el mismo norte.

Hasta hace unos 10 años las relaciones colombo-ecuatorianas no tenían problemas graves. Eso cambió en los años 90, cuando la agudización del conflicto colombiano hizo que las Farc y el narcotráfico aumentaron su presencia en el territorio fronterizo, principalmente en el Putumayo. Y cuando la creación del Plan Colombia, en el año 2000, vino a exacerbar las preocupaciones de los ecuatorianos acerca de la cesión de la Base de Manta a Estados Unidos el año anterior.

Desde entonces, y como siempre, Ecuador y Colombia enfrentan problemáticas comunes, como es inevitable dada su hermandad histórica y su vecindad tan estrecha. Pero ahora las entienden de modo muy diferente. Hoy podría hacerse una larga lista de interpretaciones diferentes para los mismos hechos, que han resultado en desencuentros entre los dos gobiernos.

El objeto de esta charla es que examinemos juntos algunos de los factores de incompreensión a través de las dos fronteras, con el objetivo de identificar posibles acciones en dirección a crear puentes de entendimiento.

Antes que nada es importante aclarar que, en general, los colombianos no suelen mostrar mucho interés hacia lo que sucede fuera de sus fronteras. Colombia es un país encerrado sobre sí mismo. Aunque suene absurdo, dada su localización geográfica sobre dos mares estratégicos, Colombia alguna vez fue llamada el Tibet de Suramérica. O sea que cuando hablamos de que existe cierta indiferencia de los colombianos acerca de Ecuador, lo que hay es una manifestación de un fenómeno mucho más amplio.

Si no fuera porque el asunto viene de muy atrás, uno podría decir que ese mirarse el ombligo de los colombianos proviene de la severidad de los problemas actuales del país. Esa visión significaría que los colombianos colmamos nuestra capacidad de angustia con los hechos de sangre de Putumayo, Urabá o el Catatumbo, y nos queda muy poca para pensar en lo que pasa en Estados Unidos, Palestina o Irak, para no hablar del Ecuador.

Pero eso no explicaría el cierto desdén que también se observa en los medios colombianos hacia los países fronterizos. No sólo en relación con Ecuador, sino también con Venezuela. (A Perú y a Brasil

* Desde 1986 está vinculado a la Revista Semana donde actualmente se desempeña como jefe de redacción y editor de mundo. Abogado del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario con especialización en Derecho Aeronáutico. Profesor de la especialización en periodismo de la Universidad de los Andes y de periodismo internacional en las Universidades Javeriana y Sergio Arboleda. En 1995 fue nominado al Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar al mejor reportaje en televisión. Coautor de “Cómo hacer periodismo” (2002) y “Poder y Medios” (2004).

las vemos aún más lejos, como a través de la cortina que tiende la selva profunda que nos separa).

Y algo más. Ecuador queda al sur, y Colombia mira hacia el norte, Antioquia, Bogotá, la costa caribe sembrada de ciudades importantes. Para los colombianos el sur del país es una zona ciertamente olvidada. Putumayo, la Costa Pacífica, el departamento de Nariño, la Amazonia, son zonas pobres y relativamente abandonadas por el Estado, que se perciben como remotas y que reciben atención sobre todo cuando tienen problemas, especialmente en términos de acciones guerrilleras o de desastres naturales. Para muchos efectos, Ecuador es la extensión aún más al sur de esa indiferencia. El hecho de que sea El País, un diario de Cali, el que publica en términos cuantitativos más información de Ecuador, podría apoyar esa afirmación.

Como resultado de todos esos factores, lo cierto es que la visión que se tiene en Colombia de Ecuador es más bien borrosa. En ese sentido, es un hecho que los ecuatorianos miran mucho más a Colombia que los colombianos a Ecuador.

Por supuesto el dilema del huevo y la gallina es aplicable. No sabemos si los colombianos en general subvaloramos a nuestros vecinos porque los medios de comunicación lo hacen, o si éstos más bien reflejan en su contenido, por acción u omisión, esa actitud popular.

Tradicionalmente los colombianos habíamos visto al Ecuador como un hermano menor y un aliado incondicional. Nos complacíamos diciendo que, al menos para los ecuatorianos, éramos la "potencia del norte". La asimetría en las inversiones, que se mantiene hasta hoy, con muchas compañías colombianas afincadas en el Ecuador, y la exportación de mano de obra altamente calificada, sólo contribuían a afianzar ese cliché. Hoy vemos con horror que en Ecuador la admiración ha dado paso al rechazo.

Tampoco nos es fácil a los colombianos entender las dinámicas de una protesta como la indígena en Ecuador. Aunque en nuestro territorio existen importantes comunidades aborígenes, su dimensión es mucho menor en el contexto de la población general, en la cual el mestizaje es más marcado. Colombia es un país mucho más criollo, con todo lo que esa afirmación tiene de sentido aspiracional hacia la cultura que solemos llamar "occidental".

Dicho lo anterior, podemos afirmar que las noticias que se publican en Colombia acerca de Ecuador tienen una jerarquización particular:

La primera categoría, en frecuencia e importancia dentro de los medios, es lo que tiene que ver con el conflicto colombiano. En este punto aparecen temas como la negativa de Ecuador a colaborar con las autoridades colombianas en la persecución de las Farc en la zona fronteriza, la tendencia del gobierno de Quito a una "neutralidad" en la "guerra civil colombiana", la presencia de las Farc en el territorio ecuatoriano, las posibilidades de que ataques importantes contra nuestras fuerzas armadas provengan de Ecuador, las reales o aparentes violaciones del espacio aéreo y del territorio del Ecuador por parte de las fuerzas armadas colombianas, las operaciones de los servicios secretos colombianos en Ecuador.

La segunda categoría tiene que ver con la presencia del narcotráfico y las quejas ecuatorianas ante la fumigación de los sembrados de coca situados cerca de la frontera.

La tercera son los problemas migratorios, la presencia de miles de refugiados colombianos en Ecuador y el crecimiento del sentimiento xenófobo en el país vecino.

La cuarta estaría relacionada con la situación económica del Ecuador y las posibilidades, que ahora parecen un poco más remotas, de que firme un tratado de libre comercio con Estados Unidos.

Sorprendentemente, sólo en el quinto lugar de importancia están los avatares de la democracia ecuatoriana, la inestabilidad que ha imperado en los últimos años y la presencia continuada de las protestas indígenas.

En cuanto al conflicto, la actitud ecuatoriana es de rechazo a la política del presidente Uribe, quien desde el comienzo de su mandato intentó conseguir el apoyo de los ejércitos vecinos contra las Farc. Algunos afirman que detrás de la caída del presidente Lucio Gutiérrez, está el rechazo político a la posición “ablandada” de Lucio hacia Colombia, que incluso permitió algunos acuerdos que condujeron, entre otras operaciones, la captura de Simón Trinidad. Y que ello sucedió por la percepción generalizada en varios sectores sociales ecuatorianos, de que detrás de la posición colombiana está la larga mano del intervencionismo norteamericano en América Latina. Y ello no es raro, dado que Uribe no ha ocultado su pensamiento de que sólo con el apoyo de Estados Unidos podrá acabar la amenaza guerrillera y narcotraficante en el país.

Pero ya en octubre de 2003, en Colombia se criticaba la extrema sensibilidad de los ecuatorianos frente al tema guerrillero en Colombia. En ese mes el entonces presidente de la Federación nacional de ganaderos, Fedegan, Jorge Visbal, fue víctima de un atentado de las Farc con un rocket que, según el gobierno colombiano, provenía del ejército ecuatoriano. El gobierno de este país rechazó con vehemencia esa afirmación y el incidente llevó a que el embajador ecuatoriano en Bogotá fuera retirado temporalmente. Pero para los medios colombianos siempre fue claro que el hecho de que si el gobierno colombiano sostenía que el rocket provenía de Ecuador ello no significaba una acusación contra el honor de las fuerzas armadas de ese país, sino contra elementos aislados que podrían haberlos sustraído ilegalmente. Si bien el asunto no tuvo más trascendencia, pues el gobierno colombiano terminó por disculparse, sí dejó un mal sabor en la opinión pública colombiana la actitud ecuatoriana, que fue percibida como poco colaboradora, exageradamente nacionalista e intransigente.

Poco después, el 16 de febrero de 2004, El Tiempo sostenía que “Altas fuentes militares consultadas afirman que por lo menos en dos operaciones en Caquetá han decomisado a las Farc un gran arsenal de fabricación ecuatoriana. Sin embargo, agregan, la noticia se ha ocultado por órdenes superiores para evitar problemas diplomáticos”. Esta vez el gobierno colombiano no dijo esta boca es mía, tal vez para evitar meterse en más problemas insolubles.

En esa actitud ecuatoriana está la raíz del aspecto que más intriga a los medios colombianos: la pretendida neutralidad oficial ecuatoriana ante el conflicto. En octubre de 2005, el recién instalado gobierno de Alfredo Palacio endureció la actitud frente a Colombia y su canciller Antonio Parra declaró a su país neutral en la guerra civil de Colombia. En declaraciones a SEMANA, el ministro hizo explícita la visión de que el eje Bogotá Washington estaba interesado en involucrar a Ecuador en el conflicto. Lo que fue muy mal recibido en Colombia. Parra señaló que la “guerra civil colombiana” ha llevado a su vecino a “abandonar sus deberes de soberanía” y que, por ello, Ecuador limita más con las Farc que con Colombia. Bogotá contestó que “ningún gobierno puede ser neutral ante la agresión del terrorismo a una democracia y que no se puede poner en igualdad de condiciones a un gobierno legítimo y democrático y al terrorismo”.

La revista Cambio, de Bogotá, se hacía la siguiente consideración por esos días: *"No puede ser que en Ecuador alguien en el gobierno piense que es mejor colindar con una zona en manos de terroristas, que hacerlo con un gobierno en proceso de recuperación del control de la situación"*.

Un editorial de El Tiempo del 31 de agosto de 2005, hablaba de la importancia de que Ecuador reconozca que el problema de una guerrilla que traspasa fronteras no es un tema frente al cual se pueda declarar neutralidad, "pues tiene consecuencias nefastas para la región. Y pedía que las diferencias a ese respecto entre los dos países deben ser tratadas por medio de los conductos diplomáticos y no por la vía de los micrófonos y las cámaras de televisión. El presidente Palacio negó que su gobierno predicara esa neutralidad, y salió el canciller Parra, pero el daño estaba hecho.

Por otro lado, el 30 de enero de 2006, las fuerzas armadas ecuatorianas denunciaron la incursión de aeronaves del ejército colombiano en el espacio aéreo ecuatoriano, mientras perseguían un grupo de guerrilleros: "Unos 300 militares colombianos, que llegaron al río San Miguel, abrieron fuego contra los guerrilleros, que se habían adentrado en suelo ecuatoriano. La situación empeoró unos segundos después, cuando los helicópteros, un avión fantasma, y un avión artillado persiguieron a los insurgentes en territorio ecuatoriano". (El País, 30 de enero de 2006).

La respuesta ecuatoriana a esta incursión fue una "enérgica nota diplomática" (El Tiempo, 31 de enero de 2006), en la que el gobierno de Quito reclama por el incidente. Se creó una comisión, conformada por funcionarios de los dos países, encargada de verificar, "con coordenadas en mano", si Colombia violó o no el espacio aéreo ecuatoriano. La posición del gobierno de Quito, según el ministro de defensa de este país, Oswaldo Jarrín, fue que la operación colombiana había sido premeditada, y no producto de un error. (El Tiempo, 31 de enero de 2006), a diferencia de otra incursión de tropas colombianas en territorio ecuatoriano, que fue durante una persecución "en caliente". El argumento del gobierno ecuatoriano para hablar de premeditación es que "el límite en Sucumbíos (donde ocurrió la incursión) es el río San Miguel, que tiene 80 metros de ancho, es perfectamente identificable, lo que nos hace presumir que con absoluto criterio, conocimiento, voluntad y premeditación, se planificó un ataque desde el espacio aéreo ecuatoriano, lo cual es inadmisibles", dijo Jarrín.

La respuesta colombiana, expresada por el vicescanciller Camilo Reyes, fue que la incursión no fue en lo absoluto premeditada, y que los dos países cuentan con mecanismos para buscar la clarificación de los incidentes, especialmente la Combifrom, Comisión Bilateral Fronteriza.

Si es que hay premeditación en esas incursiones, la percepción colombiana es que se producen más por la exasperación del gobierno ante la falta de colaboración del Ecuador, que por una estrategia del "eje Washington-Bogotá, interesado en involucrar a Ecuador en la guerra colombiana", que en este país puede sonar plausible, pero que en Colombia suena a fantasía conspiracional.

Eso ha conseguido que los formadores de opinión tomen posiciones extremas. Particularmente dicente en ese sentido es una columna de Alfredo Rangel, publicada en El Tiempo el 16 de enero de 2004, sobre la captura en Quito de Simón Trinidad, que fue objeto de fuerte controversia en Ecuador por la actuación en ese país de agentes colombianos. Rangel asume el tema como un gran logro del Estado colombiano, y sostiene que es natural que el ejército de un país penetre territorios ajenos sin notificarle al Estado afectado.

“...otros países, democráticos y respetuosos de la legislación internacional, (...) metódicamente salen de sus propias fronteras estatales a neutralizar la acción de sus enemigos, yendo a sitios donde estos se refugian, se proveen de armas y municiones, se recuperan y organizan planes hostiles contra sus Estados. Y realizan estas acciones (...) incluso de captura y traslado al propio país de adversarios clave, con la anuencia previa o sin ella de los gobiernos de los países donde esos cuerpos de seguridad realizan esas acciones encubiertas”. Y la ausencia de colaboración del país, “... No ha sido obstáculo para que cuerpos de seguridad de algunos países democráticos ejecuten acciones en territorio de países amigos, sin el conocimiento previo de sus respectivos gobiernos, y sin que esas acciones sean consideradas como violatorias de su soberanía”... (La amenaza guerrillera y paramilitar) “obligará a los organismos de seguridad de Colombia a realizar frecuente y sistemáticamente operaciones encubiertas en esos países -y en otros no tan cercanos-, ojalá contando para ello con la anuencia de sus respectivos gobiernos.” Rangel justifica plenamente la posición del gobierno colombiano de irrespetar las fronteras internacionales bajo el estandarte de lucha contra el terrorismo, desconociendo no sólo las condiciones de los países vecinos sino las leyes y tratados internacionales.

Esa opinión extrema, si bien es rechazada por muchos, se suma a otra circunstancia preocupante: los medios hacen énfasis en la presencia, que ya no es objeto de controversia, de campamentos de las Farc en Ecuador. Al punto de que respaldaron, con base en testimonios de lugareños, la afirmación de Uribe de que ataques de la trascendencia del de Teteyé, efectuado el 25 de junio de 2005, en el que murieron 22 soldados colombianos, provino con casi total seguridad del sur de la frontera.

Por eso, crece la percepción en los medios colombianos de que los ecuatorianos deben aceptar que el conflicto colombiano ya traspasó sus fronteras, y no necesariamente por culpa de la política del gobierno de Bogotá, ni por las dinámicas propias de una frontera tan porosa y tan amplia, sino por una actitud oficial de negación que podría resultar, a la larga, muy perjudicial para Ecuador. La revista Cambio afirmaba en octubre de 2005 que “es importante hacerle ver a la administración del presidente Palacio que si el gobierno colombiano fracasa en su esfuerzo por contener a los grupos armados ilegales y al narcotráfico. Ecuador va a salir mucho más perjudicado”. En ese sentido, en medios periodísticos colombianos ni se discute la presencia de elementos ecuatorianos en las Farc, y la presencia de dineros calientes en la economía dolarizada del país vecino.

Porque la propagación del conflicto colombiano más allá de las fronteras, no sólo se refiere a los incidentes desatados por las guerrillas. Los cultivos de coca se han movilizad y están llegando a suelo ecuatoriano, debido a la aplicación del Plan Colombia, por el que Estados Unidos ha entregado desde 2000 unos 3.300 millones de dólares. En ese sentido, la percepción en Colombia es que en Ecuador han olvidado que el narcotráfico es, por esencia, un delito transnacional que no respeta fronteras y que tiene una capacidad de corrupción sin límites.

El comandante de las Fuerzas Armadas de Colombia, general Carlos Alberto Ospina, admitió hace dos meses que el océano Pacífico -especialmente entre Manta y Tumaco-, menos vigilado que el mar Caribe, se ha convertido en un escenario atractivo para el tráfico de drogas, un negocio que tienen ahora en sus manos los tradicionales carteles y las FARC. Diversos barcos cargueros que parten de Manta con destino a Estados Unidos, reciben en alta mar la cocaína enviada desde Colombia en lanchas rápidas, según un documento de la DEA, el organismo estadounidense encargado de coordinar la lucha antidrogas. Y como se acaba de comprobar con la operación antinarcóticos “Tormenta del Pacífico”.

La lucha contra el narcotráfico tiene otro factor de perturbación para las relaciones de los dos países, como es la fumigación de los cultivos ilegales en zonas fronterizas, de nuevo por disposición del Plan Colombia y el patrocinio norteamericano. Las protestas ecuatorianas llegaron a su clímax a finales del año pasado, cuando el canciller Parra amenazó con llevar el caso a las “cortes internacionales”. En agosto de 2005 un editorial de El Tiempo, si bien comprendía la preocupación de Ecuador por los problemas de la zona fronteriza, criticaba la actitud de ese país porque ello “no debería llevar al gobierno vecino a ignorar, como mínimo, el deber elemental de prestar su apoyo en el control de la frontera”. Y aunque las quejas sobre el glifosato, para el diario “merecen ser atendidas”, lo que resulta inconveniente es que estas quejas sean ventiladas por voceros oficiales por medio de los micrófonos y no por los conductos diplomáticos. Pero insistía, en fin, en la necesidad de limar las asperezas con la “hermana república”.

El caso de Trinidad tuvo otra consecuencia que resonó con fuerza en los medios colombianos. El guerrillero había entrado a Ecuador con papeles falsos, lo que llevó al ministro del interior de este país a plantear la exigencia de visas para la entrada de los colombianos a este país. Si bien ello no se puso en práctica, sí se implementó la solicitud de pasaporte o pasado judicial para el ingreso de colombianos al Ecuador.

La xenofobia contra los colombianos es un tema de especial preocupación. La cantidad de colombianos que, empujada por el conflicto y las fumigaciones, ha pasado la frontera con Ecuador se disparó desde la implementación del Plan Colombia. De hecho, las solicitudes de asilo crecieron 36 veces entre enero de 2000 y septiembre de 2003.

El respetado analista León Valencia, en su columna publicada en El Tiempo el 6 de mayo de 2006, escribe que en Ecuador le dijeron lo siguiente: “Me dicen que en Bogotá y en muchos lugares de Colombia hay unas instituciones respetables, una vida más o menos tranquila, una gente amable, pero Ecuador no limita con ese país, nosotros tenemos en la frontera a guerrilleros, narcotraficantes, paramilitares, una dolorosa ausencia de Estado, una vida muy alterada”. Esa es la visión que comparte la mayoría de la población ecuatoriana sobre los colombianos.

Y la migración forzada por el conflicto tiene dimensiones poco conocidas, como el hecho de que muchos de los que llegan por desplazamiento forzado se convierten en inmigrantes económicos y desisten de regresar a Colombia. Pero se trata de un contingente humano muy marginal, cuya presencia es identificada en Ecuador como la causa del crecimiento del desempleo y el aumento de la delincuencia. SEMANA informaba el 21 de noviembre, para dar un ejemplo de las concepciones populares en Ecuador acerca de los connacionales, la anécdota de un reportero que entrevistó a una señora testigo de un asalto y ésta señaló que los antisociales eran colombianos. Cuando le preguntó porqué creía que lo eran, contestó: Porque caminaban como colombianos.

Colombia ha estado más o menos acostumbrada a una cierta hostilidad de los venezolanos, pero la de Ecuador resulta nueva y, para muchos, inexplicable, sobre todo porque las relaciones han sido tradicionalmente buenas, y porque los colombianos han contribuido al desarrollo de este país. Para empezar, los cultivos de flores, el segundo renglón de ingresos del Ecuador por exportaciones, fueron montados por colombianos. Además, el cálculo es que existen más de 1.000 empresas creadas con capital colombiano -entre ellas Alimentos Alpina, que en 2003 montó una planta en la provincia de Pichincha- por cuenta de las cuales el fisco ecuatoriano recibe cada año más de 200 millones de dólares en impuestos. Y hay que destacar cómo grandes industrias colombianas - Bavaria, Carvajal y Editorial Norma, entre otras- se han asociado con empresas ecuatorianas. Está además, hace muchos años, la Cervecería Nacional que da trabajo a miles de ecuatorianos.

Por fin, la volátil situación de la democracia ecuatoriana no es objeto de un análisis muy profundo en los medios colombianos, como decía al comienzo, en parte por el desdén que tienen muchos medios por los acontecimientos del vecino, en parte por la cierta incapacidad colombiana de entender la profundidad de las reivindicaciones indígenas. Y, a cambio, los medios han puesto especial interés en el hecho de que el anti colombianismo es una rentable bandera política en Ecuador.

En suma, la visión de Ecuador en Colombia ha sido acaparada por todo lo que tiene que ver con el conflicto, el narcotráfico, el desplazamiento forzado de colombianos hacia ese país y, en último término, por la inestabilidad del sistema político ecuatoriano. En un muy segundo plano han quedado las relaciones comerciales, que siguen siendo muy importantes, y los temas sociales, en los que el intercambio cultural ha quedado relegado a una virtual inexistencia.

La intrasigencia de los dos gobiernos en defender sus posiciones alejan el objetivo de que las relaciones entre los dos países regresen a la normalidad que debe primar entre hermanos. Por un lado es imposible negar la responsabilidad del gobierno de Alvaro Uribe en no haberle dado a la relación con Ecuador la atención, el cuidado y el respeto que merece. Incluso tuvo la embajada acéfala por meses. La actitud que en este país se percibe como arrogante, no es en absoluto positiva, como no lo es asumir que cualquier método es válido para derrotar a las Farc, incluso pasando por encima de la legalidad internacional con operaciones fuera de las fronteras. Por otra parte, es claro que los reclamos de Ecuador acerca de la fumigación deben ser atendidos.

Pero por el otro también es comprensible que el gobierno colombiano se exaspere ante una actitud ecuatoriana que percibe como poco realista e inconveniente, y exija la solidaridad que merece un gobierno dotado de perfecta legitimidad democrática, cuando es atacado por un grupo insurgente que ha demostrado hasta la saciedad su carácter terrorista y su vocación internacionalista. Un grupo que, por otra parte, puede convertir a Ecuador en un objetivo, independientemente de la posición del gobierno ecuatoriano ante el conflicto. El Ejército de Liberación Alfarista es un supuesto que a pesar de las negativas del gobierno no se puede descartar.

En alguna parte intermedia debe estar la solución, que requiere la voluntad de ambas partes. Puede estar, por ejemplo, en la neutralización de la influencia perturbadora de Estados Unidos, que conoce muy bien el dicho de “divide y vencerás”. Y los medios deberían contribuir a buscarla. Para ello se deberían hacer varias cosas. Primero, buscar ampliar la agenda informativa, para aspectos como las manifestaciones culturales, la interacción de las dos sociedades, la colaboración a nivel de las organizaciones sociales. Segunda, que los medios logren ser más proactivos en el cubrimiento de los fenómenos, para advertir sobre los riesgos antes de que se produzcan las crisis. Tercera, promover el intercambio de los periodistas de medios de ambos países, para que mediante la inmersión en el entorno se disipen tantos estereotipos. Cuarta, hacer estudios conjuntos de caso, que presenten una realidad objetiva, avalada por la credibilidad de los medios a ambos lados de la frontera. Ello permitiría, a través de esas alianzas, hacer reflexiones más profundas que conduzcan a una visión más ajustada de la realidad binacional.

Y los sectores civiles y la academia también deben ayudar al objetivo de recomponer las relaciones. Es muy notable, por ejemplo, la inexistencia de programas académicos que permitan ese intercambio de visiones en un ambiente científico. Y me permito, con todo respeto, proponer que se sigan realizando eventos como el de hoy, en el que se discutan las problemáticas binacionales al nivel del ciudadano de la calle y se trate de disipar los malentendidos, en busca de una mejor

comprensión a lado y lado de la frontera. Incluso podría ser importante que, mediante la alianza de entidades de ambos países, se intente sistematizar los conocimientos e investigar a profundidad los temas, de tal manera que surjan las fórmulas de entendimiento para que dos países como los nuestros, que son hermanos de sangre, dejen de mirarse tan mal como hasta ahora.